

BOCHORNOS Y FRESCURA

Alfredo Joignant

El archi-comentado fallo del Tribunal Constitucional respecto de la gratuidad ha puesto en evidencia la peor cara de la política chilena.

Por una parte, la ineptitud gubernamental ha sido abismal, irritante, al mostrarse incapaz de materializar el cumplimiento de la promesa de derecho social al cabo de infinitas vacilaciones. En esta ineptitud confluye poco más que una sospecha de incompetencia para elaborar una política pública (lo que podría estar delatando una mala tecnocracia, algo nuevo en los gobiernos de la centroizquierda chilena): un naufragio político discernible en la incapacidad pedagógica para explicar lo que es un derecho social. Prueba de ello es la confusión entre lo que es propio de una beca y lo que es inherente a la gratuidad, dos instrumentos que no significan exactamente lo mismo a la hora garantizar un derecho. Es cierto: la gratuidad -circunscrita a los cinco deciles más pobres- en el acceso a la educación superior puede pragmáticamente ser satisfecha mediante becas, utilizando las que ya existen, a condición de que ésta sea una solución de transición. En efecto, y esa es la ineptitud gubernamental, un derecho social, entendido como derecho en sentido fuerte, no se satisface duraderamente a través de becas, sino a través de mecanismos y políticas permanentes en las que el goce de un bien público como la educación es sustraído de la voluntad eventualmente caprichosa del gobernante. ¿Alguien entendería que el derecho a la educación de un niño se materializara mediante una beca (la que podría ser reducida o eliminada de un año a otro), y no como un derecho que es exigible dada la naturaleza del bien involucrado, y solo en seguida por las condiciones socioeconómicas de sus beneficiarios? Claramente no, independientemente de que en educación superior el acceso gratuito al bien esté condicionado por criterios objetivos de calidad de universidades o carreras, en el contexto de recursos económicos escasos. Resultado: un bochorno gubernamental.

Tampoco es muy halagüeña la postura de la derecha, quien ha hecho gala de una enorme crueldad ideológica con su propio ideario y de un aprovechamiento político de un raro cinismo, al defender ante un tribunal que actúa como tercera cámara la gratuidad universal bajo el pretexto de discriminación arbitraria: ¿alguien me podría informar de la hora y lugar en el que la derecha criolla adhirió a una política universal e igualitaria que supone abandonar la creencia de que, en educación, hay libertades y prestigios individuales que se juegan, y que no justifica el uso de dinero público, ni siquiera por razones de solidaridad? ¿En qué quedamos: no hay, según la caricatura de la igualdad forjada por Axel Kaiser, una tiranía involucrada? Es cierto, el oportunismo explica muchas cosas, lo que en este caso arroja como resultado una política de la frescura.

Bochorno y frescura: dos adjetivos que, en primera aproximación, connotan sensaciones de temperatura y experiencias climáticas, pero que en este caso describen dos situaciones morales, ambas reprochables por igual. Para la centroizquierda, este es el peor de los igualitarismos.